

Sesión necrológica

En memoria del Ilmo. Sr. Dr. D. Enrique Hernández Giménez

Celebrada el 6 de octubre de 2021

*María Antonia Ferrús Pérez**

Académica Correspondiente de la R. Acad. Med. Comunitat Valenciana

EXCMA. SRA. PRESIDENTA DE LA RAMCV,
EXCMO. SR. PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DE FARMACIA DE LA CV,
ILUSTRISIMOS SRES. DECANOS DE LA FACULTAD DE FARMACIA Y DE MEDICINA,
PROFESOR D. JAVIER HERNÁNDEZ,
SRAS. Y SRES. ACADÉMICOS,
ESTIMADÍSIMA FAMILIA DE D. ENRIQUE,
SEÑORAS Y SEÑORES.

Mis distinguidos compañeros han hablado ya de D. Enrique con la admiración y la estima que en todos despertó siempre, y con palabras mucho mejores, sin duda, de las que yo pueda aportar. Nos han contado de su maestría, de su altísimo nivel académico, su integridad personal y su lealtad para con los suyos, y suscribiéndolo totalmente, nada hay que yo pueda añadir a todo ello.

Pero, compréndanme, no podía dejar pasar esta oportunidad de hablarles a Uds. de D. Enrique porque yo, al igual que todos los que hemos sido discípulos suyos, tengo una deuda con él. Decía Ever Garrison que un maestro es una brújula que activa los imanes de la curiosidad, el conocimiento y la sabiduría en sus pupilos y D. Enrique fue un auténtico maestro para todos aquellos que tuvimos el privilegio de comenzar nuestra carrera bajo su cuidado.

La mentoría de D. Enrique iba mucho más allá de enseñarnos todo lo que sabía, despertando en nosotros el amor por la Microbiología, por la investigación y por la transmisión del conocimiento. D. Enrique nos aconsejaba, tanto en cuestiones profesionales como incluso en las personales, siempre que acudíamos a él. Porque, eso sí, su discreción era absoluta y, si sabía que tenías un problema, del tipo que fuera, se hacía ver, pero jamás te interpellaba, y tú sabías que si llamabas a su despacho (ese viejo despacho al lado de la cocina del laboratorio que nunca abandonó, a pesar de haber ostentado cargos de altísimo nivel y que hoy ocupa su hijo Manuel, mi muy querido compañero); como digo, si llamabas, sabías que D. Enrique estaría allí, te haría pasar, cerraría la puerta y dejaría lo que estuviera haciendo para escucharte.

D. Enrique fue un maestro de la Microbiología, y ejerció además de compañero experimentado, atento y solícito para todos nosotros. No es momento de contarles a Uds. mi historia personal, pero me gustaría que supieran que yo entré en el laboratorio de la Escuela

de Agrónomos tardíamente, de forma muy precaria, y con muy pocas posibilidades de hacer carrera, dadas mis circunstancias personales y profesionales, y gracias a su apoyo discreto pero continuo, junto al del Profesor Javier Hernández, mi otro gran maestro, llegué a ser la primera (y durante 23 años, la única) Doctora en Medicina por la Universidad Politécnica de Valencia, y hoy tengo el privilegio de dirigirme a Uds. desde esta ilustre tribuna, como catedrática y como académica correspondiente.

Muchos otros han tenido la fortuna de vivir similar experiencia: los catedráticos Esperanza Garay, Luis Roig, Vicente Sanchis, Antonio Ramos, Francisco Dubón, Pedro Martínez, Pilar Santamarina; notables investigadores del CSIC, destacados profesionales de la industria agroalimentaria, profesores y profesoras de distintas Universidades.

Rubén Alves decía que enseñar es un ejercicio de inmortalidad, y así es, indudablemente, en el caso de D. Enrique. Su legado pervive en cuanto que nosotros, sus discípulos, seguimos aquí, en el mundo académico, en la ciencia, la industria, incluso en la política, formando y cuidando de otros como él hizo con nosotros, para que, a su vez, ellos sean profesionales al servicio ético de la sociedad y maestros de nuevas generaciones. Es este un gran honor, que a él le debemos. Por eso, en el nombre de todos sus discípulos, quiero terminar manifestando nuestra admiración y, por encima de todo, nuestro agradecimiento a D. Enrique, un gran maestro y un gran hombre

Muchas gracias.